
PLIEGOS DE CREACION

Narrativa

Joven algecireño, Juan Luis Romero Peche ha publicado "*Siete pisos con vistas al jardín*", colección de relatos aparecida en José Esteban Editor y "*El viento mueve, esparce y desordena*", una carpeta manuscrita. Ambas obras cuentan, respectivamente, con ilustraciones y grabados de Verónica Hernández. También ha rodado un cortometraje, "*No importa cómo*", que mereció uno de los premios de guiones establecidos por la Conserjería de Cultura de la Junta de Andalucía.

OSCURIDAD

Cuando juré ante el dios me sentí importante. Ahora hace tanto tiempo de aquello que la relevancia de mi acto prevalece incluso sobre la memoria del colorido de las columnas del templo. También la ciudad se me ha borrado; a veces sueño que la sueño como era en mi infancia, cuando el Sumo Sacerdote se asomaba a las torres para mostrarme el lomo de las águilas y la extensión sin límites de mi patria. Me enseñó también que nadie ha visto jamás un águila muerta, porque cuando se sienten morir remontan un vuelo interminable del que nunca descienden. Hoy siento que a mí va a ocurrirme lo mismo; el día que juré ante el dios el oficio de carcelero no me asustaba renunciar a la ciudad en favor de una oscuridad continua. La primera noche que pasé en los subterráneos intuí muy lejanas las trompas que avisan de la puesta de sol y recordé el rostro de mi madre, pero no me importó pensar que aquella noche ni ninguna otra vería la luna en los estanques ni oiría los cantos familiares en las azoteas; para mí era más atrayente la vida de las cárceles, sus olores a sudor y betún y los rugidos de las fieras.

Por aquel entonces yo ignoraba que las galerías del primer estrato, llenas de leones blancos y esclavos malolientes, no eran todo. A medida que fui ascendiendo en mis cargos fui descendiendo maravillado a subterráneos inferiores en los que ya no era posible escuchar el bramido de las trompas ni el griterío amortiguado de los mercaderes. Hablo de trompas, mercaderes y águilas pero hoy, después de tantos años, la mayoría de las palabras son sólo palabras que no evocan más que un vago sueño sin imágenes; ya no puedo ceder a la nostalgia, ni me importa no saber que forma tenían las palmeras o las esfinges; ni por añorar la memoria añoro las cosas: el mundo de cualquier hombre acaba por ser un mundo completo, como lo es la ciudad para los que no han descendido aquí jamás.

Actualmente soy el único vigilante de la última galería. Soy el único que sabe que la ciudad es diez veces más alta hacia abajo que hacia arriba. Por cada estrato que un carcelero logra descender se le marca la espalda con un hierro candente, pero para

permitirme llegar hasta aquí tuvieron que arrancarme la lengua y un ojo. Aquí vivimos sólo el último prisionero y yo. La comida y las antorchas se nos bajan con cuerdas, y yo las recojo y tiro la mitad de los alimentos al otro lado de la reja. El prisionero no tiene derecho a antorchas.

Nunca he visto a mi prisionero; la profundidad de su celda es incalculable, y ninguna tea acercada a los barrotes que nos separan puede apartar las tinieblas. Creo que también es mudo, porque en los muchos años que llevo vigilándole sólo he oído de él alaridos casi femeninos cuando se defiende de las ratas. Se me dijo que es un rey de otra ciudad que incluso aquí sigue reinando, porque el poder de los reyes reside en las prohibiciones que residen sobre ellos. Me dijeron también que su cautiverio es necesario para justificar la maquinaria de la cárcel y hasta a la ciudad misma, y que nuestro rey no es más libre. No lo entendí muy bien, pero sé que es mi enemigo aunque a veces, cuando trato de escrutar que hay al otro lado de los barrotes, me comporto como si yo fuera el preso y tratara de averiguar cómo es el mundo de los carceleros. Otras veces siento que me vigila, y eso me humilla, pero cuando recuerdo que antes de descender a este último tunel se me tributó el homenaje que yo creía destinado sólo a los soberanos, lo desprecio por ser extranjero.

Esta última galería es la más pequeña de todas. En cualquier caso, el espacio que vigilo es mucho mayor que la celda de que dispongo. Las antorchas que me bajan son suficientes para iluminarme, pero necesitaría algunas más para vencer la humedad de las paredes, que son muy quebradizas y desprenden continuamente lascas de rocas que yo utilizo para defenderme de las ratas. He comprobado que mientras más profunda es una galería más grandes y más ciegas son las ratas. Algunas que me han atacado me llegaban al pecho con las patas delanteras. Me cuesta mucho defender la comida.

Hay un rincón donde se apilan los esqueletos de anteriores carceleros. Las ratas revuelven continuamente allí, y algunas de ellas cuando mueren mezclan irreverentemente sus huesos con los de los fieles servidores del dios. Suponía que en el lado del



Dibujo de Verónica Hernández

prisionero habría también un osario con los restos de anteriores presos; para comprobarlo, un día lancé hacia el fondo de su celda el cráneo de uno de mis predecesores, que se hundió en la obscuridad y el eco. Al poco tiempo, otro cráneo vino rebotando por el empedrado hasta ser detenido por los barrotes: era más oscuro y de rasgos antiguos y distintos. Recuerdo que lo aparté con asco y que me arrepentí del intercambio.

He aprendido y olvidado muchas cosas extraordinarias aquí abajo. No sé si mi prisionero morirá antes que yo y volverán a sacarme, o si seré yo el primero y mi sucesor me abandonará a las ratas como hice yo cuando llegué. He dicho que a veces me siento cautivo, pero la verdad es que, acostumbrado a este mundo, si llegasen a devolverme a la ciudad y contemplase de nuevo la imagen descomunal del dios, en cuyos ojos huecos arden permanentemente dos hogueras que se utilizan para acrisolar el oro de botines e impuestos, caería fulminado antes por mi propia extrañeza que por su propio poder. Sé que pensar esto es una blasfemia pero, en mi soledad y mis mutilaciones, la blasfemia es lo único que me alienta, recordándome que aquí abajo estoy por encima de toda jurisdicción.

En momentos de debilidad me arranco la corona de oro que tomé del cadáver del anterior carcelero. Entonces me estremece pensar que el prisionero no exista, y que tampoco es improbable que haga mucho tiempo que los ojos del dios se apagaron.

Juan Luís Romero

Juan Manuel Borrero González nació el 13 de Julio de 1947 en el Cerro de Andévalo (Huelva) y reside en Algeciras desde hace varios años, y donde ejerce como catedrático de matemáticas y profesor tutor de la UNED. Publica textos en diversas revistas profesionales y colabora con S.G.E.C. en la obra *“Introducción a la matemática superior”*. Sus *“Relatos heterodoxos”* han aparecido en la Colección *“Cuadernos de Al-Andalus”* de Algeciras. Permanece inédito su ensayo titulado *“Una aproximación al hombre mágico”* y su novela *“La luna blanca de Cheged”*.

ETERNIDAD

A J.L. Borges
In Memoriam

Jamás la mente de ningún mortal alcanzará a comprender, bajo que extraños designios de los dioses, el tiempo quedó inmovilizado en el instante, en que la Muerte pretendía arrebatarse su último hálito a la octogenaria vida del benedictino fray Juan de Sigüenza. Ni códices, ni palimpsestos, ni manuscritos olvidados en oscuras bibliotecas, ni textos de guardas mohosas y tapas polvorientas por los siglos, ni apócrifos relatos desvirtuados por el transitar en boca de generaciones, darían cuenta nunca de tan singular aberración. Sólo el lúcido pensamiento del moribundo habría de ser testigo de la extraordinaria experiencia.

Ocurrió apenas llegaba el alba, al inicio del oficio de laudes, cuando las notas del salterio acompañaban las melodiosas voces nacidas del coro y luego derramadas por claustros y ojivas, cuando la primera abeja de la jornada libaba en la flor colocada sobre la angosta ventana de la celda, al tiempo que, exhaustas las fuerzas, la boca del yacente se entreabrió para exalar el posterior suspiro; fue entonces, cuando el tiempo se detuvo.

Primero fue la sorpresa de una guadaña inmóvil, que suspendida de hilos invisibles, estancó su fatal trayectoria; tal vez, el sonido de una única nota del salterio, que atrapada en el tiempo, se repetía una y otra vez; acaso, la estática sombra de la abeja sobre la flor, o la estatua en que se había transformado el hermano lego que atendía sus últimos momentos. Luego, la inmovilidad de los miembros, la ausencia de latidos en su corazón, la añoranza de una respiración inexistente.

- *Estoy muerto* -pensó-.

Pasaron *días*, en que sin comprender, la sombra de la abeja sobre la flor permaneció petrificada; *días*, en que el único sonido del universo era la repetitiva nota del instrumento que acompañara el canto de los salmos en la hora de laudes; *días*, en fin, en los que la Muerte, enhiesta su guadaña, junto a la inmóvil figura del lego, compusieron un cuadro eterno.

Agotada la quietud del fraile en pensamientos que cabalgaron por infiernos flameantes y paraísos gozosos, fatigada su mente por vanos ensueños de muerto, al fin comprendió: fuera de lo temporal, la atenta mirada de los dioses sobre las maquinaciones de su mente, eran el único devenir posible de un cosmos inimaginable.

Y fue grandiosa la alegría de fray Juan de Sigüenza.

- *¡Ahora, aliado a la infinitud del tiempo, podré entender los designios de los dioses!* -se dijo-

Evos enteros, fatigó su mente recordando versículos bíblicos, tratados aristotélicos, escritos tomistas, libros olvidados, teologías imposibles... Todo fue en vano. El reiterativo recordar, el perpetuo análisis de doctrinas y teorías teogónicas y filosóficas, el incesante estudio de causas y efectos, se demostraron inútiles: la puerta que daba paso al conocimiento divino, permaneció aherrojada, cerrada por mil invulnerables cerraduras, infranqueable.

Por mil *siglos* más, el benedictino anegó su desesperanza con lágrimas nacidas y evaporadas en su eterno ensueño. Por otros mil, permaneció exhausto, inerte. Por fin, un *día* en que como todos, lo que le rodeaba permanecía estático y el salterio emitía su eterna nota, recordó los infinitas veces repetidos y otras tantas olvidados versículos:

“...Los que saltan de júbilo por la tumba, y se llenan de alegría cuando han hallado el sepulcro...”

“...Y el que no ve el camino por donde anda, y a quien Dios ha cercado por todas partes...” (1)

Creuyendo al fin entender su pecado de impaciencia, durante *milenios*, rehizo siglogismos, recompuso discursos, estudió analogías, matizó verbos. Más, todo siguió siendo fútil: la puerta de la divinidad se mostraba tan inquebrantable como al principio de su desaforado intento.

Desesperado, y por si los hilos divinos estuviesen tejidos al modo de las laberínticas telas de araña, o la luz de la verdad alumbrara estancias heterodoxas, acudió al recuerdo de las palabras de fenecidos heresiarcas: Apolodoro, Euforbo, Zenón de Helioponto, Ammonio de Siracusa... y tantos otros. Después (inútil adverbio del relator en la persistencia eterna del tiempo), y durante *eras*, sopesó las tesis y libros sagrados de los infieles: manuscritos pnótikos, el abominable libro de Ebión, el Mahatma-Gita, el Alcoran...; incluso escudriñó las ideas ancestrales de los bárbaros, aquellos cuyo dios era el hierro de sus lanzas y su profeta el fuego de los burgos arrasados. Todo fue cribado inutilmente por su mente intemporal.

Sintiéndose derrotado por dioses escondidos en libros y en teologías estériles, o tal vez por simples demonios de elucubraciones humanas, deseó que el tiempo recobrar su ritmo y anheló con vehemencia la acción de la estática guadaña.

- ¡Acude Muerte, acude! -solicitó su mente, sin que el sonido de una garganta yerta se superpusiera a la eterna nota del salterio-

La inanición le envolvió y, por puro hastío, volvió sus recuerdos sobre si mismo. Se vió, una y mil veces, corretear de niño las estrechas callejuelas de Sigüenza, sus largos años de novicio, su juventud de oración y cánticos, de claustros y celdas. Rememoró, instante a instante, sus búsquedas y estudios entre los manuscritos acumulados en la biblioteca de la lejana abadía de Urbino, sus largas disquisiciones filosóficas con fray Guillermo de Aquisgram mientras orillaban los muros de la abadía, el respirar del aire limpio de montañas cuyas cumbres se atisbaban desde el cementerio. Nada quedó olvidado: sensaciones, palabras, gestos, ideas; todo se sucedía en secuencias interminables.

Saltó, después de consumidos los *milenios*, a los encargos papeles: su tesis "*Ad-versus specularis*", donde refutó las herejías de los "especulares", así llamados porque propugnaron que la cópula y los espejos eran abominables, ya que, al considerar el universo como una ilusión, lo multiplicaba la primera y lo reflejaban los segundos...

Y al comprender, también entendió que su eternidad había durado un sólo instante: la sombra de la abeja mudó de lugar, el salterio y las voces de laudes retomaron sonidos armoniosos, y la muerte, mientras el lego cerraba los párpados que cubrían los vidriosos ojos de fray Juan, asestó su definitiva puñalada.

No busquen crónicas de aquel suceso; ni en códices, ni en palimpsestos, ni en manuscritos olvidados...

Juan Manuel Borrero

(1) Libro de Job. III, 23 y 24.

(2) Ben Jehudah Ibn Gabirol. "Kether-Malchuth".

José Reyes Fernández, nació el 6 de Enero de 1957 en el poblado de Guadarranque, en San Roque. En 1983, obtuvo el premio Armengol de novela corta, en su XIV edición, por su obra "*En torno al Guimarán y otras imprecisiones*". Obtuvo también el premio "*Ciudad de Irún*", de relatos y el Concurso de Narrativa "*Escuela de Verano*", de Aguilar de la Frontera, en Córdoba. El texto que reproducimos corresponde a un capítulo de la novela en que actualmente trabaja.

LOCUACIDAD

Atravesaba la calle zaqueando a grandes trancos, tirando del ronzal de tres mulos cargados con sus ofertas muníficas, y acompañado por el escándalo de los niños que le seguían, amenazado por los perros que le delataban y vigilado desde el umbral de las chozas por viejos tosigosos que ya desconfiaban de todo, llegaba al centro de la aldea, aliviaba a las monturas del peso de las cargas, se quitaba de encima la polvorienta lona arrastráculo con que se cubría y, siempre actuoso en sus movimientos, conjuntaba a las gentes mediante el conjuro de fiesta sonora del amolachín.

Y aún no había tenido tiempo para refrescarse la boca con un poco de agua del odre o enjugarse el sudor de la frente con un trozo de trapo de naufragio, cuando ya estaba asediado por las más diversas personas, que se acercaban a él no con el ánimo de comprar nada, sino para escuchar las noticias que portaba del mundo, porque con esos preámbulos dilatorios iniciaba siempre su pregón mercantilista, hablándoles, en principio, de los lugares que ellos deseaban imaginar por un instante, y todo lo fabuloso que ocurría más allá de sus cercanos horizontes, porque todavía corrían los tiempos en que cualquier lugar, igual que en la infancia, aún quedaba demasiado lejos; comenzaba su mirífico relato con un lenguaje perspicuo y asequible a todas las ilusiones, como un rumor apacible, ordenado y friable en el que iba colocando las palabras una a una delante de ellos, como si las estuviese poniendo a secar al sol en un cordel imaginario que sólo existía en el fondo de sus miradas hipnotizadas por sus exquisitas técnicas de encantador de serpientes; y él se perdía entonces en evagaciones remotas, en la evocación de países no situados en el tiempo ni en el espacio, paisajes mentales únicos, hombres espléndidos y extraordinarios y animales fabulosos que recreaban el maravilloso mundo de una mente de experimentado delusor; un relato en el que no buscaba las palabras, sino que estas fluían, desde lo más recóndito de su fantasía, por sí mismas, encontrando su propio ámbito filatero y acomodándose a su voz dentro de un discurso expletivo; improvisando a medida que mentía y recurriendo a los obstruos mecanismos de su inventiva para componer una fábula certera en la que él mismo se iba convenciendo de cuanto decía, pues con una expresión legítima aseguraba haber visto en el claro

de un bosque, a la orilla de un río de aguas serenas, a un caballito azul que tenía un resplandeciente cuerno de plata en la frente y que una tarde perdió de vista en el horizonte del cielo porque desapareció volando con sus hermosas y blancas alas.

Durante un instante los mantenía a todos embocados con el mágico sonsonete de su prédica; atraídos por la ilécebra armonía de su moscón verbal, permanecían como encantados por el vórtice de aquella capacidad apologística tan colosal y embaucadora que era capaz de convencer a un misionero que Dios había muerto de lepra en una misión de Africa ecuatorial; maleficiaba al auditorio a base de sonidos y el gestual auxilio de precisos e ínsitos ademanes, hasta que se hacía dueño de la demisión conseguida y animado por una festinación sin tregua, sin darles tiempo para que se repusiesen ni situasen en la realidad del engaño, conformando la imbricación de sus pensamientos en la recia arquitectura de uan fantasía desesperada, abandonaba ya los ilusorios prolegómenos y entraba sin otras prórrogas contemplativas en la abierta exaltación prospectual de la conmistura de su macanuda oferta. Y continuaba su pregonata con el mismo tono placible con que inició su relato de las cosas extraordinarias, para que nadie advirtiese en el cambio de tono que se había abandonado el mundo de las fábulas embaucadoras para entrar en el fabuloso embaque de los negocios; y en ese mismo tono de convenida confianza, se presentaba como fiable trujamán de todas las dolencias, ofreciendo remedio para toda quejumbre y pronosticando un futuro salubérrimo a todos los compradores de aquella multiforme congerie de recetas, soluciones, pócimas y productos que ya, inhabilitadas las artes de encantador por la efervescencia oral de una reciedumbre de filibustero, ofertaba hasta desgañitarse los sedantes de tridacio para soñar con lo que más se desée, mucílago de sebastiano para la tosiguera, electuario de siguaraya para los luéticos, elixir de santónico para los arrepticios, infusiones de sasa frás para sudoríficos, bebestibles de ruipóntico para purgas estivales, y emplastos de sasamunda y resolutivos de sabuco y hasta que las últimas palabras se veían atarazadas por una pausa asfíctica y tenía que interrumpir su discurso semiforme, aquejado por un dolor pérfido que le dejaba demergido y sin resuello, pero del que se reponía rápidamente, aunque a veces tuviese que fingir una estrenuidad forzada para no desmerecer



Dibujo de P. Barroso

el oficio de sus remedios y nuevamente iniciaba el pregoneo con una bravura de corsario al abordaje, continuando con su proferente retahila de fabulosos remedios, desprendiéndose del educir de sus palabras que aquello no era alcamonías ni escupidura de rábula, sino gloria bendita que ustedes pueden adquirir por sólo unos cuantos centavos, lo mismo que estos recamentos de velamen, estos guadamecos de pedrería para vencer la rispidez de las novias ariscas, este aceite oriental para perfusiones, el olíbano para sahumar velorios de difuntos, hejibones de plata para cinturones de mayores, y cuanto ustedes gusten demandar, señoras y señores, que de todo hay para todos, porque esto no es filatería de consuelo, ni embelecocos de adobasillas, ni hay aquí más demérito que el que ustedes estimen, así que, por favor, no se me alce ningún destripacuentos porque todo cuanto digo es cierto y comprobable ya que no existe mendicidad en mis palabras y aquí no hay más verdad que todo es mentira; y aunque algunos no se explicasen aquella tracamundana de mercaderías menores, ni tanto rebumbio de parloteo desesperado, o concluían baldoneándole con la contumelia de insinuaciones mezcleras y empezaban por llamarle engañabobos, ablandahigos o saltabancos para finalizar con otros apelativos de mayor cuantía, porque ya algunos sospechaban en él los indicios de una insania recelante, lo cierto es que, aún a riesgo de que le llamasen ropavejero, también pregonaba los dóciles pañuelos de seda de zarzahán, finos lienzos del cachemir de los montes de Catay, género de restaño y picote, telas de rozagante con encajes de randa, retales de peldefebre para el invierno, tejidos de ranzal para el verano o cortes de madapolán y forros de medriñaque para los domingos, además de todos aquellos remedios vivíficos y mercaderías de corambre con que alumbraba toda desvalida necesidad con la abrumadora polimatía de sus conocimientos y apodícticas razones, sabiendo mantener, a pesar de todas las dudas e incredulidades que podían imputársele a sus palabras, un discurso inconcuso, sin grietas ni fisuras por las que penetrase la ajena sospecha, saliendo siempre incolume de todo su intrincado montaje y fantasías verbales, hasta que terminaba con el hablar desperdigado y rauco con las últimas palabras chacoloteándole entre los dientes, pero venciendo los ánimos en un pujante e incansable debelar mistagógico que los iniciaba en los secretos de la felicidad, quedando todos encantados por la acusma de su palabrería y encandilados con los brillantes con los

brillantes barruecos de su lenguaje que, a fuerza de verbo, los compelia al consumo. Y finalizaba su negocio contento y agradecido, recurriendo a su paremiología para citar proverbios y refranes antiguos que escogía al pelo de cada ocasión y concluía, mientras guardaba en sus barjuletas y sacos de mercader todo lo sobrante e iba cargando los mulos, recitando ya una lista disparatada de remedios, sin otro objetivo, pensaba el, que el de esparcir un reguero de felicidad sobre su auditorio, pero que quizás no fuese más que la incansable inercia verbal de una actitud ingénita no controlable, la que le llevaba a pregonar, mientras se iba marchando, los compuestos de verdevejiga para la barriga, los polvos de vedegambre para el hambre, unturas de ligustro para los disgustos, esquenanto para el espanto, bálsamo estoraque para los ataques, cocimientos de muraje para el coraje, infusiones de ruda para las dudas, emplastos de beleño para el sueño, zumo de nepente para descansar la mente, galipote para los botes y aceite de cañarroya para...,lo que ustedes gusten usar, señores. Y desaparecía.

José Reyes Fernández